

--En que estais enamorada como una loca, doña Juana.

--Teneis razon; amo mucho mas de lo que debiera amar, contestó doña Juana, lanzando una traidora mirada al rey.

--No, no es á mí á quien amais, dijo Fernando IV; vuestro amor es el caballero del Aguila Roja, y me alegro ¡vive Dios! me alegro; en la misma persona á quien amais, teneis el castigo de la traicion que me habeis hecho, porque yo he nacido para que todos me sean traidores, todos, hasta la mujer á quien amo.

--Pero ¿qué estais diciendo, señor? exclamó doña Juana: yo no os comprendo: ¿quién os ha dicho que yo amo á ese capitán de aventuras?

--Lo encendida que os habeis puesto cuando os lo he nombrado.

--¡Que me he puesto encendida! Pues mirad, no he reparado en ello. Si me he puesto encendida, ha sido sin duda por el amor que me inspirais.

--¡Eh! ¡silencio! me parece que mi madre anda mas despaicio, y que pretende oír lo que hablamos; yo os enviaré á vuestra casa á mi camarero Juan Alfonso de Benavides, á fin de que os entendais con él, y veamos el medio de que volvamos á vernos en aquella tan silenciosa y bella casita del barrio de los Molinos.

--Tened en cuenta, señor, que mi marido vive ahora conmigo.

--Juan Alfonso de Benavides es muy prudente, y no faltará con qué entretener á don Enrique cuando sea necesario que nosotros nos veamos.

Y como la reina se detuviese, el rey y doña Juana cesaron en su conversacion.

VII.

La reina se habia detenido, porque al llegar á la puerta que desde la huerta comunicaba con el claustro, habia visto avanzar

á la comunidad, formando dos hileras, con hachas encendidas en la mano, el guion de la órden con sus ciriales á la cabeza, y al fin sostenido por seis religiosos, el palio.

La reina adelantó, saludó afablemente á los religiosos, y en particular á algunos de ellos á quienes conocia personalmente, y poniéndose bajo el palio con el rey, y tomando, así como este, en las manos un cirio encendido, y tomando cirios doña Juana, Mari Fernandez y los caballeros de la alta servidumbre que acompañaban á la reina, dieron procesionalmente la vuelta al claustro, y entraron en la iglesia por la puerta del Perdon, que á él correspondia.

Repicaban entre tanto las campanas, sonaba el órgano; la iglesia, que habia sido abierta, estaba llena de una inmensa multitud.

La reina penetró en la capilla del Santísimo Cristo de los Desamparados, en la cual se habia improvisado una iluminacion, y los religiosos, fuera de la capilla, formando calle y arrodillados, con su prior al frente, acompañados del órgano, cantaron una solemne rogativa porque Dios amparase al rey y á la reina, al niño y á la viuda.

A la reina no le quedaba otra cosa que el amparo de Dios.

En vano habia pretendido consolarla é inspirarla confianza durante su conversacion por el huerto el prior: la reina veia claro: habia que comprarlo todo, lealtad y lanzas, y no tenia dinero ni de qué hacerlo.

Los señores á quienes se daban villas y castillos para que defendiesen al rey, en cuanto se apoderaban de los castillos y las villas, y ponian guarda en ellos, volvian á rebelarse, sin duda para que por su nueva sumision les volviesen á dar villas y castillos.

Así lo habia hecho Fernan Perez de Castro, que despues de obtener la villa y castillos de Monforte de Lemus, abandonó á la reina y se perdió en cuantas traiciones son imaginables, lo que no impidió que sobre aquella donacion real los Fernandez de Castro tomasen el título de condes de Lemus, como si hubieran arrancado al enemigo á escala franca y con perdimiento de

su sangre y sirviendo á la patria, los muros sobre que titularon.

Así han nacido muchas grandezas en Castilla, y casa hay que se enorgullece de su origen, que debiera avergonzarse de él; que los títulos honran á toda una descendencia cuando generosamente se han adquirido por un Alfonso Perez de Guzman el Bueno, ú otro semejante; pero ante la luz de la historia hay otros que son un padron de infamia, porque han nacido de una traicion.

La usura esplotaba cumplidamente á la pobre reina doña María, y sucedíale lo que sucede con el dinero que da la usura, con los servicios que la daban aquellos usureros señores; no la lucian, ni nunca salia de miseria.

Por eso, en vez de cobrar cabeza á cabeza tanta infamia, como hubiera sido mejor, se arrojaba anegada en lágrimas, acosada por todas partes, desprovista de toda esperanza, en nombre de su hijo, á los piés del Santísimo Cristo de los Desamparados.

Rezaban con ella los religiosos y el pueblo, el buen pueblo de Valladolid, que siempre ha sido tan leal á sus reyes, mereciendo por esto ser por tanto tiempo la vieja córte de Castilla.

Aquello era solemne y conmovedor.

Reina, rey, prelados, caballeros, pueblo, esperaban de un momento á otro ser cercados por el rey de Portugal, por el rey pérfido que olvidaba por su ambicion el deudo que tenia con el rey don Fernando IV, y las solemnes promesas de alianza que le habia hecho, y avanzaba sobre Valladolid, que no tenia fuerza para defenderse.

La reina se habia preparado al combate enviando á los infantes sus hijos menores á las villas y ciudades que ya hemos indicado, con objeto de despertar su entusiasmo, y habia pretendido enviar al rey á Toledo; pero bien aconsejada, desistió de ello.

Sus mas leales servidores la pusieron ante los ojos que mas la respetarian sus vasallos rebeldes que venian acompañando y ayudando al rey de Portugal, unida á su hijo, que separada de él.

VIII.

Acabó la solemnidad religiosa, y la reina salió con el rey bajo palio procesionalmente por la puerta principal del templo.

La multitud que se agolpaba fuera aclamó con frenético entusiasmo.

En aquel momento, abriéndose paso por entre aquella multitud, apareció un ginete rudamente armado, cubierto de polvo y de sudor.

Era no menos que el bachiller alferez del caballero del Aguila Roja, Melchor Zancudo, que traia un pergamino enrollado en la mano, y que gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Plaza, plaza! ¡quiero ver á la reina! ¡victoria por Castilla contra Aragon!

A estas voces, la reina se detuvo pálida de emocion, y mandó dejasen llegar hasta ella á aquel ginete que tan fausta, tan inesperada noticia voceaba.

IX.

Zancudo llegó á caballo junto al palio, echó pié á tierra, y besó la mano á la reina.

Esta le alzó.

Zancudo, conmovido á la vista de doña María, se olvidó de hacer acatamiento y besar la mano al rey.

No se reparó en esto, ni eran para que en ello se reparase las circunstancias.

—¡Qué decís de victoria sobre los aragoneses? exclamó con ansiedad la reina.

—La peste negra, señora, exclamó con sobrealiento aún Zancudo.

—No os hablo yo de la peste negra, que es una calamidad horrible, exclamó vivamente la reina, sino de nuestra victoria sobre los aragoneses.

—Pues bien, señora, la victoria nos la da la peste negra.

—Milagro, exclamó el prior de San Pablo.

—Sí, milagro, dijo Zancudo; vos lo habeis dicho muy bien, padre, sin saberlo, porque el milagro consiste en que la peste se ha encerrado en el campo de los aragoneses, y no ha entrado ni en Mayorga ni en las villas circunvecinas, ni aun en las alquerías.

—¡Dios mio! repitió la reina, mas pálida aún.

—Milagro notorio, repitió el prior: el cielo se pone en defensa de vuestra señoría.

—Hablad, hablad, concluid, dijo la reina á Zancudo.

—En conclusion, señora: hace cuatro dias don Gutierre de Silva, el caballero del Aguila Roja, fué malamente herido en un recio combate que tuvimos con los aragoneses.

—¿Y qué, y qué? ¿está en peligro el caballero del Aguila Roja?

—Sí, noble señora, sí; ha cogido algunas lanzadas: su oficio no es para otra cosa; y si no acudimos pronto el Sin nombre y yo, allí se acaba la historia de don Gutierre; pero eso sí, habia matado lo menos diez aragoneses: en fin, el caso fué que le sacamos de allí, primero á testarazos, y luego á puñados, y le llevamos á Mayorga: nada de esto hubiéramos venido á decir á vuestra señoría, porque no merece la pena de molestar á un rey la muerte ó el peligro de un capitan; pero es el caso, que al dia siguiente, y apenas amaneció, los atalayas de la puerta de Santa María de la villa, vieron que se acercaba á los muros un ginete con el casco puesto en la punta de la lanza, como en señal de parlamento: abriósele, y de que entró, empezó á gritar: ¡frailes, frailes que nos ayuden á bien morir! ¡la peste negra! ¡cuatrocientos han muerto esta noche, y mas del doble están espirando ahora! y qué quiere vuestra señoría, como que somos cristianos, y la religion nos manda perdonar á nuestros enemigos cuando los vemos en peligro de muerte, allá salieron los padres

capuchinos de la Penitencia, que son ciento y la madre, y los carmelitas descalzos y los franciscanos cenicientos, que todos eran pocos para la gente que moria, y yo me fuí allá tambien á ver cómo aquellos bravos se las habian con la peste; y era un dolor ver, señora, á un balletero como un gigante vacilar, bambolearse como un hombre borracho, caer y morir en menos tiempo que el que se necesita para rezar tres credos: y esto, acá y allá, por todas partes: allí no habia soldados, sino muertos, apestados, y hombres de rodillas levantando las manos y los ojos al cielo, y haciendo votos al Señor de dejar de hacer la guerra á vos y á vuestro hijo si los libraba de la peste. *Ergo victoria pro nobis.*

La reina tenia la cabeza inclinada sobre el pecho: cuando cesó de hablar Zancudo, la alzó y dijo:

—Victoria terriblemente obtenida: ¿y qué pergamino es ese que traeis, caballero?

—Desde ahora, que así me llama vuestra señoría, señora, contestó Zancudo asiéndose del cabello, que la ocasion le presentaba: este pergamino le ha escrito el caballero del Aguila Roja por mano del caballero Sin nombre, que dicho sea de paso, tanto está al lado de su compañero como en el campo aragonés, acudiendo á los apestados: es mucha la caridad del Sin nombre: no en balde lleva siempre, cuando no el arnés de guerra y el luto, el hábito de San Benito.

La reina tomó el pergamino y le leyó.

Luego le dió á leer al rey.

Despues, tornándose hácia el prior, le dijo:

—Volvamos á la iglesia, padre; oremos, roguemos á Dios por nuestros hermanos, que están apestados.

Y se volvió hácia la iglesia.

—¡Hermanos! dijo Zancudo que se habia quedado inmóvil: ¡cómo se conoce que á su señoría no le han sentado la mano los aragoneses! ¡buenos hermanos nos dé Dios, y estoy yo todavía torcido de este hombro de la mazada que uno de esos buenos hermanos me arrimó cuando salvamos al capitan! pues aunque la peste los hubiera cogido á todos, hasta á los caballos, y no

hubiera quedado uno para contarlo..... Bien dicen, que su señoría es una santa. ¿Pero qué diablos hago yo aquí entre toda esta gente que me sofoca? ¡y que no hace calor que digamos! á una posada, Melchor, á una posada, á comer, á beber y á descansar, y mañana nos iremos al Alcázar á ver á la reina, á recordarla que nos ha llamado caballero, á fin de que nos lo haga bueno, y á ver si sobre esto la sacamos algo qué.

Y Zancudo montó á caballo, se abrió paso entre la multitud á duras penas, llegó á la carrera de San Francisco, y en un callejon sin salida se metió, y luego en la posada de la Cruz de San Juan que en el fondo del callejon estaba.

Pero no habia reparado el bachiller en que á la larga le habia seguido un paje de casa noble, á juzgar por sus divisas.

CAPITULO VI.

LO QUE OYÓ UN PAJE ESCONDIDO DETRÁS DE UN TAPIZ.

I.

Apenas habia desensillado y echado pienso á su caballo Zancudo, metidose en un lóbrego aposento, tirado en un rincon las armas y medido con la vista avara el fementido lecho que debia prestarle descanso, cuando la Maritornes del meson se presentó á la puerta.

—¡Ya me persigues! exclamó Zancudo de muy mal humor y con muy poca galantería: perdone por Dios, hermana.

—Miren el abadejo mal curado y con qué cosas sale; para el siglo de mi madre si le demando yo ni tengo por qué demandarle, sino que ahí ha venido un paje de casa principal, de rico hombre lo menos, y ha preguntado por el soldado que acababa de llegar de Mayorga, y dice que quiere hablaros.

—¡Ah! eso es otra cosa, dijo Zancudo: ¿paje de casa principal tenemos? Llegue al punto, que lo que de casa principal venga no puede ser malo, y no haga esperar á ese hidalgo, mi alma, que podrá aburrirse y marchar con el recado.